mi infancia en FRANQUISMO

[Tiraña, Asturies, 1938]



ENESIDA GARCÍA SUÁREZ

mi infancia en FRANQUISMO [Tiraña, Asturies, 1938]

ENESIDA GARCÍA SUÁREZ



Mi infancia en el franquismo. Tiraña, Asturies, 1938.

COLECCIÓN | Memoria 1ª edición abril de 2018 800 ejemplares

EDITA | cambalache C/ Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. TFNO.: 985 20 22 92

 $\hbox{\tt E-MAIL} \mid cambalache@localcambalache.org \\ www.localcambalache.org$

autoría | Enesida García Suárez diseño e ilustración | Amelia Celaya

DL: AS-00637-2018 ISBN: 978-84-944572-5-8 Impreso en papel reciclado

Todos nuestros libros están editados bajo licencia *copyleft*; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos, creemos que el objetivo de la publicación de libros es difundir sus contenidos y servir de herramientas educativas y de debate; por eso, todo lo que publicamos se puede descargar gratuitamente en www.localcambalache.org

Índice

Presentación	7
Mi infancia en el franquismo	11
Epílogo	
Cuando recordar es resistir	79

Presentación

Recuerda Enesida García Suárez, al inicio de su relato, que sólo habían pasado seis meses desde la caída del Frente Norte hasta el asesinato de trece personas en el valle de Tiraña (Llaviana). Era abril de 1938 y todas ellas acabaron en una fosa común en el cementerio de San Pedro. Hasta cuarenta años después no pudo encontrar las palabras para escribir su historia. Palabras llenas de dolor, de rabia, pero también de reivindicación de la memoria. Palabras que no llenaban un vacío porque, a diferencia de otras fosas, de otras muertas, las de Tiraña siempre estuvieron en la memoria colectiva del pueblo. Siempre se supieron los nombres de las tres mujeres y diez hombres que fueron asesinados a tiros, a las cuatro de la tarde de aquel 21 de abril. No fue el desconocimiento o la duda lo que acalló sus voces, sino la imposibilidad de nombrar a los responsables de la matanza, de pedir justicia por un crimen sin sentido, como tantos otros, que destruyó el presente y, en buena medida, el futuro de sus descendientes.

Recuerda Enesida a su hermana Isabel, que no descansa en la fosa, pero como si lo hiciera. Ella representa a muchas de aquellas mujeres, las que se quedaron en las casas intentando sostener la vida entre tanta miseria y muerte. Las que eran llevadas a los cuarteles para sufrir la violencia en lugar de los fugaos, de los hombres que estaban en el monte, o en las cárceles, o muertos. Con el cuerpo destrozado por las últimas palizas, Isabel regresa con la familia y escribe—como lo hará Enesida después— para poner nombre a los verdugos, para despedirse de sus hermanas y hermanos, para dejar su voz como testimonio. Sus cartas nunca fueron encontradas; las hicieron desaparecer aquellos que no querían dejar tras de sí ninguna prueba que les pudiera inculpar. Fue inútil, la memoria de Isabel vivió en su hermana y, a partir de hoy, en todas nosotras.

Recuerda Enesida a sus tíos, escondidos en el monte, y a su abuela llevándoles comida. Sobrecoge su capacidad para transmitirnos, en un texto tan breve como contundente, el miedo y la desesperación de las mujeres, de las niñas y niños que vivían en un temor continuo, pero que no abandonaban a quienes luchaban en una guerra ya perdida. El valle de Tiraña, coronado por el Pozu Funeres, guarda en sus relieves las marcas de aquella guerra, de un pasado reciente, que Mi infancia en el franquismo no nos dejará olvidar.

La memoria obstinada de varias generaciones de mujeres hizo posible que hoy tengamos en nuestras manos la historia de Enesida; de Virginia, su segunda madre; de Isabel, su hermana, y de tantas otras a través de ellas. Una vez más miramos al pasado para reconocernos en nuestro presente. Ahora sabemos que la historia, la nuestra, no sólo la escriben los hombres o los vencedores. Y que nunca se podrá considerar vencidas a aquellas personas que mantuvieron vivo el recuerdo de las luchas.

No podemos cerrar esta presentación sin dar las gracias a Enesida y a su familia por confiar en nosotras para compartir su relato. Y a Yerba, compañera y amiga, que nos puso en las manos la memoria de todas estas voces.

Eva Martínez Álvarez

nota editorial

Hemos querido trasladar el testimonio de Enesida García Suárez tal y como ella lo escribió. Por ello, encontraréis tanto la reproducción de su cuaderno como una transcripción del texto en la que hemos corregido pequeñas erratas, añadido alguna palabra e introducido signos de puntuación, pero tratando de ser siempre lo más fieles posible al original. Desgraciadamente, sobre las páginas del cuaderno se hicieron intervenciones posteriores a la escritura de Enesida: se tacharon algunas palabras y expresiones y se sustituyeron por otras. Hemos eliminado del material reproducido, en la medida de lo posible, esos añadidos posteriores. Lo que no hemos conseguido es recuperar las palabras que fueron tachadas. Sin embargo, hemos tratado de descifrarlas para que sí aparezcan en la transcripción.

mi infancia en el franquismo

Todo transcurrió así: cuando tanto cacareaban «se acabó la guerra, se acabó la guerra», yo también lo creía así, porque estábamos hartos de pasar calamidades y privaciones; en una palabra, muertos de hambre; resulta que la guerra, o aún peor que la guerra para nosotros, empezó aquí, se irá comprobando según mi relato.

Como todos los españoles sabemos, el 21 de octubre de 1937 entró el asesino de Franco en el poder en Asturias, y vaya poder y fuerza e instinto de matar. Que si bien él no asesinó a tantos miles y miles, dio carta blanca para que lo hicieran los que aún eran más asesinos y criminales que él. Hablo así porque llevo una herida muy grande en mi propia carne. Me mataron a mis padres y una hermana, y sólo por el delito que suponían, que nunca lo llegaron

Mi infancia en el hanquis mo Todo trascurio asi: cuando tanto cacareaban ese acabo la j quena se acabo la guena, Fambier, la creta asi: nor que estabamos hartos de pasar calamidades y milaciones quella nard mosotros empero aque amo Tados los kapañales salemas el 21 de entro el asostro noder en Asturias y baya inclinto de matar que si carta blanca heceran los que aun heran mas criminales que una herida muy grande en mi propia came hermana y solo por

a comprabar que mis padres daban comer a sus hermanes que estaban escandidas: esto la escribo despues de 40 años y no recuerdo bien todos los detalles nero si lo sujeciente hara dejar claso to que jul resce Franquistas. yo mia con mis padie y culatro hermanos una de 14 años otra de 14 40 11 otro 8 4 otro 3 años en un mueblo llamado Loa Arbeya, Parroguia Firaña concejo Louriana como ya digo anterior mente para mosotros desde que entre ese assisso en el poder fue una Fortura y sin mas delito que el que les ciento mi padre tendre sus ideas pero sur manifestarlas. Desde cel 21 de Octubre astol el 21 de Abril que las asesinaran na les dejaron empas, ni por el dia ni por la noche guerian que diferan donde estabone sus

hermanos; que los huscaran para eso

Tenia ejercito bastante; Ahora puedo

a comprobar: que mis padres daban de comer a sus hermanos que estaban escondidos. Esto lo escribo después de 40 años y no recuerdo bien todos los detalles, pero sí lo suficiente para dejar claro lo que fue esa camarilla de asesinos y ladrones franquistas.

Yo vivía con mis padres y cuatro hermanos: una de 17 años, otra de 14, yo 11, otro 8 y otro 3 años, en un pueblo llamado La Arbeya, parroquia Tiraña, concejo Laviana. Como ya digo anteriormente, para nosotros, desde que entró ese asesino en el poder, fue una tortura, y sin más delito que el que les cuento. Mi padre tendría sus ideas, pero sin manifestarlas.

Desde el 21 de octubre hasta el 21 de abril que los asesinaron no les dejaron en paz ni por el día ni por la noche. Querían que dijeran dónde estaban sus hermanos. Que los buscaran, para eso tenían ejército bastante. Ahora puedo

decir aguí dónde estaban. Silvo, que así se llamaba uno de mis tíos, estaba escondido en un pajar de nuestra propiedad allí cerca de casa; y Fidel, que era el otro, en casa de mis abuelos maternos. Un día llegaron -era domingo- diciendo: «sabemos fijo que tienes a tus hermanos en el pajar». Teníamos varias cuadras, pero iban fijo a donde estaba. «Y ahora mismo la vamos a registrar».

El que estuvieran tan fijos donde estaban era denuncia de unos vecinos falangistas, uno jefe de Falange. Vagos, maleantes, asesinos, como toda la camarilla franquista. Mi padre les contestó: «cuando queráis». A la cuadra se podía ir por dos partes. Una por donde ellos estaban en el camino vecinal y otra por una finca de nuestra propiedad que quedaba discreta a su vista. [Mi padre] me mandó a mí avisarle que van a registrar el pajar. Tenía una cueva muy bien hecha, igual que una bocamina,

mis Eluctos shaternos; Un dia llegarone Jamingo; diciendo sabemas fijo que tienes a the hermanas en el pajal Tenigmos barias cuadras pero hiban a donde estaba y ahora migmo negistrar el que uno jete de Falanje bagos maledites assistes como toda la camarella Franquista. Ili padre les contesto cuando queiais; a la cuadra se podia ir por partes una por doncte ellos estaban en el camino becinal y cha por una muestra propuedas que discreta a que vesta; me ami abisarle que ban a registrar al najar, Fenia una culva muy bien iqual que una baa mina

calculo yo unos 20 o 30 M de l'ampitud nos debajo de toda la yesta; mara eso eran unos huenos mineros lo mismo mi Tio que mi padre; Resul avisarle; se asusto; le pregunte tienes miedo que de cajar i nolami ne me cogien mas asser no me cogen almenas who se ver que se acercan yo salgo disparanch ami me mataran pero yo mato a dos o tres do peor es tu padre que no se la que le harou; me mando que la metiera, mucha yerba lo fue apretando hasta tapar por lo monos cinco o reis mettos y se guedo dentro de la misma; fuerdu, le mandanon a mi padre sacar la hierba como sabia bien lo que pacia saco sin Accar de la cueva para nacha asta que ya no habia donde la poner nuesto que la cuadra esta a rais el un camino, motieron unas baganetas largusimas que traian pero nada ni interas; como no le encontraron se theraron a mi padre

calculo vo unos 20 o 30 metros de longitud por debajo de toda la verba. Para eso eran unos buenos mineros, lo mismo mi tío que mi padre. Llegué a avisarle. Se asustó. Le pregunté: «¿tienes miedo que te cojan?». «No, a mí no me cogen, no me cogen al menos vivo; si veo que se acercan, vo salgo disparando, a mí me matarán, pero yo mato a dos o tres. Lo peor es tu padre, que no sé lo que le harán». Me mandó que le metiera mucha yerba. Lo fue apretando hasta tapar por lo menos cinco o seis metros y se quedó dentro de la misma. Fueron, le mandaron a mi padre sacar la hierba. Como sabía bien lo que hacía, sacó sin tocar de la cueva para nada hasta que ya no había dónde lo poner, puesto que la cuadra está a raíz de un camino. Metieron unas bayonetas larguísimas que traían, pero nada, ni inicios. Como no le encontraron, se llevaron a mi padre.

Lo tuvieron un día o dos en el cuartelillo. Como no tenían de qué lo acusar, lo soltaron, si no antes de recomendarle que en término de pocos días presentara a sus hermanos. Si no, lo iba a pasar muy mal. Fue de esa cuando mis tíos se tiraron al monte. Les parecía muy comprometedor para mi padre y muy peligroso para ellos el seguir allí. Pero la persecución siguió lo mismo, y cada vez se agravaba más, hasta el punto de hacernos la vida imposible. Vivíamos continuo rodeados de moros, falangistas, guardia civil, guardia de asalto (que así se llamaban entonces), los soldados de la bandera de Lugo y algunos más; de todos estos recibíamos la visita una o dos veces por día, y casi siempre se llevaban algo que encontraban de valor.

Así vivimos los primeros meses del franquismo, pagando multas, qué recuerdo. Mi padre no ganaba para semejante estafa, hasta do Jurieron un dia o dos en el cuartelillo como no tenian de que le acusar lo goltanon si no antès de recommondaile que un termino de pocos dias presendana a sus hormanos si no lo hiba a pasar muy mal; fue de osa cuando mis ties se timas al monte les parecia muy comprometedor para mi padre religioso para ellos el seguir noro da persecución seguio lo y cadares se agalabel mas anta de pacernos la vida imposible revames continuo soclados de moros, lalanquistas, quardia cilil, quardia de asalto, quel así se hamalan entences; soldados de la bandera de Lugo algunez, mas; de todos estos recibiamo dat resita una o dos veces por dia

encantraban de valor; así vitrimos los primeros meses del panquismo pagando multas que recuerdo; mi Padre no

ganala nara remejante restafa

el punto de tener que pedir his arta entonces para mantener a mismo dia que hacia log sels meses entraren en Isturias asesinarono I vida; Amarecio un dia foro mi entraba a las ocho de la manaña comento con ma permana que 040 unes cuantos turos nos la moche of penso que seriou restos vecinos que tembrinos labanquistas elejos estaba el nobre pombre de I pensar que esas tiros era la Trama de su muestre un infelie soldado que matarca resa nocho ellos mismos para al dia siguente tener en que se remalda deciendo que fueras

el punto de tener que pedir dinero prestado —que yo recuerde, lo que nunca hizo hasta entonces—para mantener a vagos. Hasta [que] el 21 de abril del 38 —el mismo día que hacía los seis meses que entraron en Asturias— asesinaron a los dos. Tal fecha nos quedó grabada para el resto de nuestras vidas.

Amaneció un día frío, mi padre se levantó y fue a trabajar, entraba a las ocho de la mañana. Comentó con mi hermana que oyó unos cuantos tiros por la noche y pensó que serían estos vecinos que teníamos falangistas. Lejos estaba el pobre hombre de pensar que esos tiros eran la trama de su muerte: un infeliz soldado que mataron esa noche ellos mismos para, al día siguiente, tener en qué se respaldar diciendo que fueron los del monte. Y así mismo asesinaron

otros trece hombres y mujeres, todos ellos inocentes. Cuando mi madre y mis hermanos nos levantamos apenas amaneció, vimos cómo ardían todos los alrededores. Nos extrañó qué podía pasar. Pues nada, que seguían haciendo el papel, que andaban por esas matas los del monte, por eso lo quemaron todo, para que salieran como si fueran hormigas. Cuando, a esto de las diez de la mañana, vemos subir tal cantidad de ejército que nos pusimos a temblar. Sabíamos que venían a nuestra casa. Cobardes, para llevarse a una pobre mujer inocente y maltratar a cuatro criaturas, esa cantidad de hombres. Bueno, hombres, si se les puede llamar así, porque de eso tenían poco.

Pues nada, lo de siempre, empezaron a latigazos y palos a mi madre, preguntándole dónde

otros trace hambres y muyeres todos permanos amende venos como Todas dos alrededores inco pacha pasar mes nada and salieran como n' fueran nuestra casa: co para ellevarse a una police mujer

estaban sus cunados que salvian estulierone alli esa noche cargandol hatraña mas; a nosotros echanon de casa a empuyanes alamo con excrupulos no quiso land hieramos des aluses heceron can mi Hadre asi Francisco uma o dos horas que fueros interminables asta que mancheban con ella of con unas cuantas cosas que mos mobarone; mosotros seguebros fuera de casa a mos 100 metros cuando al puras por mantos golpes con la culata de in pubil diciendale que todo lo que Temanos en cara hera robão l en ese mamento estaba presentes vection que les

estaban sus cuñados, que sabían estuvieron allí esa noche, cargándoles la muerte del soldado, una patraña más. A nosotros nos echaron de casa a empujones. Alguno con escrúpulos no quiso que viéramos los abusos que hicieron con mi madre. Así transcurrieron una o dos horas que fueron interminables, hasta que marchaban con ella y con unas cuantas cosas que nos robaron.

Nosotros seguíamos fuera de casa, a unos 100 metros, cuando al pasar por donde estábamos, le metieron unos cuantos golpes con la culata de un fusil, diciéndole que todo lo que teníamos en casa era robao. En ese momento estaba presente ese vecino que les digo era jefe de Falange y ella le preguntó: «oyes, Aquilino—que así se llamaba—, tú sabes bien

que todo esto -que eran prendas de vestir de mi padre- lo tiene hace años, no es robao de ahora como decís». La mandaron a llevarlo a casa y que volviera entonces mismo. Nosotros nos fuimos con ella, llorábamos todos viendo el miedo que tenía tan grande. Nos decía: «ay, hijinos, qué me harán, me dan ganas de marchar por donde no me vean». Pero a dónde iba a ir, si aún seguíamos con la casa rodeada. No andaba ni 10 metros cuando ya la cogían. Así que se cambió de ropa, la que traía daba pena verla de mojada y sangre que tenía, de los palos que le dieron. Y se fue a donde la esperaban. No transcurrieron 10 minutos cuando empezamos a oír disparos. Pensamos lo peor, la mataron. Pero los disparos seguían, duró por lo menos media hora el tiroteo. Disipamos

de como decis. La mandaron a Stevarto a casa y que bolviera mismo, nosotros nos tan grande nos decia ay hymos quel me haran me dance I gamait de marchar por donde no veau; pero a donde is si a un seguiarnos con la cara rodeada; no landaba ni 10 metros la copiani; oni que re comadió ropa la gibe Fraia dava pena mbjada y sangre que tema palos I gue de dienon; y se fue ies to pear la majarone disparas requience duro por to menos media horal el turoleo deseparas

esa idea persando que para matar a una, inclegensa mujer no hacia galta Lanta shunicion ni tanto crimoinale matar un ejercito; de empesaron a dar pales, not que así de mostraba su ouerso cuando mos la trajeron a casa muesta; y ella empero a coner oreyendo salvatse se ensañaron hien rendola duchar nos la vida disparan dole unas de cada lao; criminales cabarder asesinas que as his esa nobre Madre no vierou que dejaha Los hijos sin criar; la matchon sin piedas of set marcharon fan tanguilos como si mada huliera pasas dejandola en medio de un camino; asta que paso un chico y la vio después de unas cuatro o cinco horas de desicieron sa mitad de la cara a tuos, no nos dejaron hacerle entieno solo los cuatro olseis hombres que la bajaran al cementerio; y el mismo dia at las

esa idea pensando que para matar a una indefensa mujer no hacía falta tanta munición ni tanto criminal, pues si era todo para ella, había para matar un ejército. Le empezaron a dar palos, porque así lo mostraba su cuerpo cuando nos la trajeron a casa muerta. Y ella empezó a correr, creyendo salvarse; se ensañaron bien viéndola luchar por la vida, disparándole unos de cada lao. Criminales, cobardes, asesinos, qué os hizo esa pobre madre, ¿no vieron que dejaba los hijos sin criar? La mataron sin piedad y se marcharon tan tranquilos, como si nada hubiera pasao, dejándola en medio de un camino. Hasta que pasó un chico y la vio después de más de cuatro o cinco horas. Le deshicieron la mitad de la cara a tiros. No nos dejaron hacerle entierro, sólo los cuatro o seis hombres que la bajaron al cementerio.

Y el mismo día a las

cuatro de la tarde, en el mismo cementerio, asesinaron a mi padre junto con otros once, dos de ellos mujeres. Los metieron todos en una fosa. [A mi padrel le fueron a buscar a la mina y murió sabiendo que mi madre ya estaba muerta. Y nosotros esperándole para contarle todo. Cuando a las cinco vimos que no venía, que era su hora de siempre, ya no sabíamos qué hacer, con mi madre muerta en casa se nos echaba el mundo encima pensando lo peor. Pero no en la muerte, creíamos que lo tendrían detenido. Y eso que estuvimos viendo toda la maniobra, cómo los subían para el cementerio. A uno lo mataron a la puerta y los demás detrás del mismo. Después, los cogían uno a uno y a la fosa, no sin antes registrarlos para quitarles lo que traían de valor. Tenemos la desgracia de vivir frente al mismo [cementerio],

110 cuatro de la Farde en el mismo lero asesimarone a mi padre otros once dos de ellos vinos and no era su hora de sempre ya no casa se mas echaba mundo encima, nensando do neco del migno deshues

distancia como para no reconocer se Meraran a mi Padre esperamos you el Toda Hoda unal rida and mucha shucho sodamses agui esa natrand de asesinos stanierose sin dejarnos vever en pag cargo de mi permana teniamos trabajahanos la acienda arenda de algunos recuros terramos una vaca por que la otra mos la blevarou nada mas more misto a asesmon of ladrones vendouses algo venian nor el dia gul Ja noche of la lleravan

a distancia como para no reconocer las personas. Por eso no vimos que ahí se llevaron a mi padre y esperamos por él toda la noche y toda una vida, que mucha falta nos hicieron. Mucho rodamos por el mundo, porque no se acaba aquí. Esa patraña de asesinos siguieron sin dejarnos vivir en paz.

Quedamos al cargo de mi hermana Isabel, que era la mayor, contaba 17 años. Íbamos tirando con lo que teníamos, trabajábamos la hacienda con ayuda de algunos vecinos. Teníamos una vaca, porque la otra nos la llevaron nada más morir mis padres para cobrar el dinero que pidió prestao para pagar multas y mantener a asesinos y ladrones. Vendíamos algo de leche, pero nada, era insoportable, igual venían por el día que por la noche y la llevaban [a Isabel]. La tenían un día o dos. Recuerdo una noche

que llegaron. Era la época de esfoyar el maíz v se estilaba de hacerlo una noche cada vecino. Por eso mis hermanos marcharon con otros más a un pueblo llamado La Choza, a un kilómetro aproximado. Yo me quedé con mi hermano pequeño, que, por cierto, desde que asesinaron a mis padres, tenía tal pánico que nada más ver a uno con uniforme se escondía debajo de la cama y, hasta que no supiera que marchaban, no salía. Llamaron mucho tiempo a la puerta, yo no contestaba. Hasta que abrieron la ventana de nuestra habitación con una pértiga de sacudir las castañas que estaba allí arrimada. Me asomé preguntándoles qué querían. «¿Dónde está tu hermana?», me dijeron. Les dije a dónde fue y que estaba sola con mi hermano pequeño. «Abre la puerta, tenemos que comprobarlo».

hermanos marcharon con otros mas mello Mamado la Chopa a amonunado yo me quedo , me hermano pequeño que assinatore a mis Tal naprico que nada tumborne st debaso de sa cama y anta sundere que marchaban Mamarak mucho belinno a yo no contesta a ventana de muestra ación con una pertiga de castomas que dermando pequeño

no puedo no Tengo llare les contes te si la tienes pla ounces caer al llamon a la puerta exectiva mente la llave era de esas gran des como la de los Horris y al call la sintieron tanto miedo des Lenia que me levante eran una dies a doce después que commos rone and era cierto to and ten decid me abligaron it can ella a enseñarles del camino que estare a la salida de el mieblo yo le sunlicated nor labor que mi herman of despileta Filene mucho miedo tengas nena que elejamos estos aguilpor si despietta alli se Tanedarca tries mores audondo la I cana arta que yo regrese que no medi cuenta due Jura descalsa alpargalas para acostanne of or que no Ras Traia Tenia el cilerno

«No puedo, no tengo llave», les contesté. «Sí la tienes, la oímos caer al llamar a la puerta». Efectivamente, la llave era de esas grandes, como la de los horrios, y, al caer, la sintieron. Tanto miedo les tenía que me levanté. Eran unos diez o doce. Después que comprobaron que era cierto lo que les decía, me obligaron ir con ellos a enseñarles el camino que estaba a la salida del pueblo. Yo les suplicaba: «por favor, que mi hermano si despierta tiene mucho miedo». «No tengas pena, que dejamos estos aquí por si despierta». Allí se quedaron tres moros cuidando la casa hasta que yo regresé. Que no me di cuenta que iba descalza hasta que me puse a quitar las alpargatas para acostarme y vi que no las traía. Tenía el cuerpo aformigao de los pies a la cabeza.

Por fin la encontraron. La llevaron detenida unos cuantos días. Estábamos tan desesperados y aburridos de esta situación que decidimos abandonar la casa unos por cada lao. Y quiero más no recordar los malos tratos que recibimos de algunos familiares por parte materna. No lo escribo aguí porque es interminable de contar y me da hasta vergüenza que los de nuestra propia sangre hicieran eso con nosotros. En una palabra, fuimos unos mártires en todos los sentidos. así estuvimos, cuando aquí cuando allá. Algunas veces nos ajuntábamos en casa de los abuelos, pero todos juntos nunca más estuvimos. Yo, en una de estas que no teníamos a dónde ir ni en dónde estar, me marché con otra de mi edad, que sólo contábamos 13 años, a buscar amo para servir. Recorrimos a pie, claro está, toda la parte de Nava, Villaviciosa, Colunga y

non fin la encontraran la flevarion unas cuantas dias estabamas Elections y amero mas no trates one recibinos de alguno. familiares por parte Malerna no lo aque nos que es interminat contain y medic anta verquenza que de meestra monia sangre hideran can mosatros: en una nalabra lumos umos martires en todos gentidos así estrovemos enando aque cuando alla algunas beces nos agun en casa de las abuelas pero todos munca man estuliano, yo en estos que no tenamos a donde ir ni en dande estar marche con mi dolad out solo contabamon a hurcar ano para server recommos a nie claro esta . take la

Hastres: no recuerdo dos chias que nos Alero la namera noche dormunos clicas Nava por suguesto en un pajar yo dormi mi un suero toda Ha noche neuse en mis padres si me vieran por dande andaba da otra no una cieva en la yerla y dormio Toda la noche sa regunda moche en Velsledicis en otro pajar la tercera debajo de un tendejone nor los almededores de Villariciosa la cuarta un Colonga de la migma manera of ani succesibamente nediamos para comer y al mismo Frempo polyuntando si alquien mas queria parla quedannos de Frahajar anta que a la ruelta por el migmo recarrido encontramos dande nos guedas salo por la comida nos quedamos las dos en laldedias en un pueblo dama La Vina Angeles que así se llamaba mi companera de jatigas solo estulo dos meses: ella Venia a sus Padres que la esperabare, ami me hera igual

Lastres. No recuerdo los días que nos llevó. La primera noche dormimos cerca de Nava, por supuesto, en un pajar. Yo no dormí ni un sueño, toda la noche pensé en mis padres, si me vieran por dónde andaba. La otra hizo una cueva en la yerba y dormió toda la noche. La segunda noche, en Valdediós, en otro pajar. La tercera, debajo de un tendejón por los alrededores de Villaviciosa. La cuarta, en Colunga, de la misma manera, y así sucesivamente. Pedíamos para comer y al mismo tiempo preguntando si alguien nos quería para quedarnos a trabajar. Hasta que a la vuelta por el mismo recorrido encontramos dónde nos quedar sólo por la comida.

Nos quedamos las dos en Valdediós, en un pueblo llamado La Viña. Ángeles, que así se llamaba mi compañera de fatigas, sólo estuvo dos meses. Ella tenía a sus padres que la esperaban. A mí me era igual estar

en un sitio que en otro, no me esperaba nadie y tiré año y pico. Gané para un mandil y unas madreñas, pero aquellos buenos señores no quisieron explotarme más. Me dijeron que ellos no podían pagarme sueldo y yo con mi trabajo podía ganar para algo más que comer. En este tiempo fue Isabel a verme, la recibieron muy bien. Yo, las veces que vine a ver a mis hermanos, lo hice andando desde Valdediós a Tiraña o en el tren desde Lieres a Laviana, viajando sin billete, por debajo de los asientos, sin un céntimo en el bolsillo.

Así pasaron cuatro años. Isabel estaba en Oviedo y vino a vernos, con tan mala suerte que fueron a buscarla para presentarse en Laviana. Así lo hizo. La dejaron en la cárcel incomunicada. Yo la vi unas cuantas veces, la tenían en una celda cuya ventana daba por detrás de la misma.

maindil of unas madrenas mi trabajo poedia ganar and comer , en este tiemeno verme, la reci das reces que vene a ten a a firana o en el treu desde a Lariana rasando, sin villete los astentos sen un en el volsillo. Asi nasaran en Laveana asi la m unas cuantas

alumbada of como do estaba lejos se liver of llever al dia signiente of me encantre que ya no sestable me diso el carcellero la sacarone Resseco me carjo el alma a las pres no fuy a costeker el llando no se nor and me die el corasone une ya no la veca mas vera y así fue descle al momento and supe a donde la llevarone da Mare dia y moche, muerta así que cuando mi hermano Eino wino a visar que se nuso tren ap pacia dos dias que Coraba muntor madie je nuede imajina el suprimiento tan grande and nave of Voin tener configurer commanty aquella neva Jan establimos Todos reparaos Pestaba en cara de las nuelos Maternos nero la neva tano

Un día me mandó llevarle una almohada y, como yo estaba lejos, se la fui a llevar al día siguiente y me encontré que ya no estaba. Me dijo el carcelero: «la sacaron para Rioseco». Me cayó el alma a los pies, no fui a contener el llanto, no sé por qué me dio el corazón que ya no la veía más viva. Y así fue. Desde que supe a dónde la llevaron, la lloré día y noche muerta. Así que cuando mi hermano Tino vino a avisarme que se puso al tren, yo hacía dos días que la lloraba muerta.

Nadie se puede imaginar el sufrimiento tan grande que pasé, y sin tener con quién compartir aquella pena tan grande que yo tenía, puesto que mis hermanos estábamos todos separaos. Yo estaba en casa de los abuelos maternos. Pero la pena tan grande que yo tenía no la tenía nadie de los que me rodeaban.

La detuvieron el día 1 de septiembre de 1942. La tuvieron en la cárcel de Laviana hasta el día que de allí la sacaron a Rioseco, donde estuvo dos días, lo suficiente para que ese criminal y degenerao del capitán Brrravo... hiciera de ella lo que le vino en gana. La violó, le dio palos hasta dejarle el cuerpo negro, le quemó los pechos y algunas partes más del cuerpo pidiéndole una pistola. Ella, cuando recobró el conocimiento -que creo estuvo bastante tiempo inconscientey se vio cómo estaba, le dijo: «sí, tengo la pistola, suélteme, que voy a buscarla». Cuando le dijo eso, ya pensó hacer lo que hizo. Llegó a Barredos, a casa de mi abuela paterna. Les dijo que no sabía lo que haría al día siguiente, que tenía que entregar la pistola y no la tenía.

19a

originalo se jueran a la cama ella anedo levantada diciendales que Cambon decies declendance una cuantas cosas no le hicierciona entierra

Cuando se fueron a la cama, ella se quedó levantada diciéndoles que tenía que escribir unas cartas. La acompañaba una prima, pero no se percató a quién escribía. Una la escribió al capitán diciéndole que ponía fin a su vida por no volver a sus manos, que le dijo tenía la pistola para verse libre y hacer lo que iba a hacer.*

^{*} Transcribimos aquí sólo la primera parte de la página 20 del cuaderno, ya que la autora indica que la lectura debe continuar en otro lugar.

viene de la paquina 20

La famosa pistola de que les hablo no existía. Puesto que costó dos vidas, la de mi hermana y la de otro chico que, a fuerza de palos, le hicieron decir que la tenía ella. Y él sabía que no era verdad. Entonces, al leer la carta que ella dejó escrita al capitán Bravo donde le decía que no tenía tal arma. «Y ese chico que dice que yo la tengo que piense dónde la tiene, que a mí no me la dio». Él tampoco la tenía, pero como hacían decir lo que no existía, a fuerza de palos les dijo que sí, «la tengo yo en el pajar de mi casa, llévenme, que se la voy a entregar». Vivía en una casa sola bastante apartada. Allí le llevaron a buscarla. Entonces aprovechó

de esa soledad para escaparse. Iba esposao. Encontró quién le cortara las esposas y, una vez libre, se fue a la mina donde trabajaba, cogió unos cuantos cartuchos de dinamita, lo metió por los bolsillos y se prendió fuego. Apareció a los pocos días destrozao por completo: los brazos por un lao, las piernas por otro y así todo el cuerpo. Y ese fue el fin de esos dos mártires.

para a mitor de la pagnina 20

grando se jueran a la cama ella anedo levantada diciendales que accommentate una mina nero no a quien escribia una all Carritons deciend and namice fin a su vida nor no hiba a hacer no a herlas en el momento dul supierare que dejo contas escritas Whileron by nos las llevarion. dictindance una cuantas cosas una de ellas que la enterraseman Juntua mi Padre que la chaseno. nos ella que no le hicierciona entierra con Sacerblote and la llevaramos

No puedo dejar bien claro lo que decían esas cartas, puesto que no llegué ni a verlas. En el momento que supieron que [Isabel] dejó cartas escritas, vinieron y nos las llevaron. Otra nos la escribió a los hermanos diciéndonos unas cuantas cosas, una de ellas que la enterrásemos *juntua* mi padre, que la échasemos en una caja blanca, quién iba [a ir] tirando por ella, que no le hiciéramos entierro con sacerdote, que la lleváramos de frente para el cementerio,

que no le echáramos misas. Todo se cumplió, menos enterrarla en el cementerio, porque el bueno de Don Domingo, que así se llamaba el cura que estaba en Tiraña entonces, no quiso dar las llaves del mismo, diciendo que los que ponían fin a su vida no tenían derecho a camposanto. Y como no había cementerio civil, la tuvimos que enterrar fuera, en el apartado de un camino, de donde la sacó mi hermano Tino ahora, después de 40 años, y metió los restos en un nicho.

También ahora, entre todos los huérfanos de esa criminal matanza, pusimos una lápida a nuestros padres con el nombre de los asesinados ese día, y ahí está para verse en el cementerio de Tiraña.

También supimos que un vecino de Tiraña llamado Paulinón 666666666 irana entonces no quiso! nicho!

and tubol over a estar aluerta durante las horas maternea of Eurando bajaron cententerio dos abesenos la mano en el a uno diciendo bien echo. Buena lab aurque yo huluera muento l echo mejor. Ja murio asi que podemos darle ninguna natisfacion. nova les broy a contar de al baranca mis fues de el monte la benos despues assimar a mis Badres estaban en Peña moyer, per auras cabairas, por donde nocliano, Mexa noche vino Lilvo, pose a menta despació preguntamos quien

tenía bar y fue la única puerta que tuvo acceso a estar abierta durante las horas de la matanza. Cuando bajaron del cementerio los asesinos, le puso la mano en el hombro a uno diciéndole: «muy bien hecho, buena labor. Aunque yo hubiera puesto el dedo en cada uno de los que linchasteis, no lo podíais haber hecho mejor». Ya murió, así que no podemos darle ninguna satisfacción.

Ahora les voy a contar de algunas veces que bajaron mis tíos del monte a vernos después de [que] asesinaran a mis padres. Estaban en Peña Mayor, por cuevas y cabañas, por donde podían. Una noche vino Silvo, *picó* a la puerta despacio. Preguntamos quién. «Soy yo, Silvo». Antes de abrir la

puerta nos aseguramos, abrimos la ventana a ver si era cierto. Teníamos tanto pánico que nos dijeran que eran ellos y después fueran los otros y nos costara caro. Cuando abrimos la puerta, se abrazó a nosotros llorando. Nos dijo: «no tener pena, que mientras yo viva y pueda no os faltará nada». ¡Estaba en buena situación como para ayudarnos!

El tiempo que estuvo en casa, uno de nosotros estaba continuamente fuera vigilando al enemigo. Al marchar, nos dijo: «si puedo, no tardaré mucho en volver». Efectivamente, a los 15 o 20 días, volvió y nos trajo carne de algún res que cogían por el monte y lo mataban para comer. La familia no podíamos suministrarles como al principio. Esa carne nos costó buenos apuros, puesto que al día siguiente, a

disparos no

primeras horas de la mañana, ya se nos presentaron allí a registrar la casa y nos dijeron: «¿dónde tenéis la carne que os trajeron anoche?». Pero nosotros, aunque éramos pequeños—muy jóvenes, pero con mucha experiencia—, ya la teníamos guisando, y otra cruda. Nada más verlos asomar, cogimos la tartera de lo guisao y lo crudo en una bolsa y lo fuimos a enterrar todo. Se hartaron de buscar y, claro está, no lo encontraron.

Era por el tiempo de las castañas, y [el tío Silvo] nos mandó que para el día siguiente le preparásemos una pota de ellas cocidas. Así lo hicimos. Vino, y cuando estaba cenando, oímos disparos. Recogió deprisa las cosas y se fue. No le vimos más, ni vivo ni muerto. Esos disparos no tenían que ver con nosotros, ni con él,

fue cosa de los fascistas, que mataron a uno de su rama porque estaban jugando y les ganó el dinero.

El que no volviera más mi tío fue debido a que un día bajó a Barredos a casa de mi abuela, que era su madre. Le llevó la cena a una finca que estaba en medio de la vía y la carretera, llamada prau Sutu, se lo dejó entre el maíz. Pero un vecino, Félix el de Faes, que les seguía todos los pasos, lo vio. Con las mismas, denunció. Coparon la finca, dejando la parte de la vía libre, que fue por donde entraron mi tío y otro de Barredos, llamado Juan el de Flora, que también anduvo por el monte. Se metieron entre el maíz, cenaron lo que mi abuela les hubiera llevao y se marchaban sin nadie verles cuando, al salir de la finca a la vía, sintieron hablar y preguntaron: «¿quién anda ahí?». Entonces empezaron

25 las Pascistas que matarone a por que esta

que unos comp

a dispararles. Mi tío corrió, se tiró al río y, acto seguido, a unas matas. Se pudo escapar, pero herido en una pierna. Le atravesó un tiro una rodilla, lo que fue acarreándole la muerte poco a poco, puesto que no tenían quién los curara. Se marchó al monte, se refugió en una cueva a donde sus compañeros le llevaban lo que necesitaba, porque él no podía caminar. Se le gangrenó la pierna. Hasta que un día le denunciaron. Fueron y le cogieron. Él, como pudo, se tiró por un precipicio. Le hartaron a tiros hasta creerle muerto. Allí lo dejaron como a un perro. A la familia no nos dijeron nada. Él estaba casado, tenía mujer y dos hijos de corta edad.

Así pasaron unos meses, hasta que unos campesinos encontraron el esqueleto en una cabaña. Se supo que era él por fotografías que traía en su cartera de la mujer y los hijos y la documentación. Sacamos en consecuencia que no murió en el acto cuando le dispararon y se arrastró hasta esa cabaña. Ese fue el final del pobre hombre.

Al otro le mataron esa misma noche en la vía, después se fueron a casa de mi abuela. La dijeron: «vaya a reconocer a su hijo a donde le llevó la cena, allí está muerto». Allí la llevaron: «¿es este su hijo?», la dijeron. «No, este no es mi hijo». «¿Estaba segura?». «Sí, bien segura». Se fueron con ella a casa dándole malos tratos, diciéndole que si no sabía estaba prohibido dar de comer a los huidos, que les llevó allí la cena.

Ella negaba diciendo que no era cierto, que no les llevó nada. Pero como era una mujer sumamente religiosa —tenía la virgen de La Milagrosa en casa—, se percataron de ello y la dijeron: «jure usted delante de la virgen que no

Cla mujer of los hijers

a cena a su hip de comer a un hijo. tidel solo bara una ves manio la renjoura may sugge de estaba unes culantes mas megunto halria Lanto mudo les aculido en que al manchar for le avisavamos mientras

llevó usted la cena a su hijo esta noche». «No, no lo juro, es cierto que se lo llevé». Entonces, uno de los que más mandaba se apiadó de ella y le dijo: «bueno, señora, bueno, no es delito dar de comer a un hijo».

Mi tío Fidel sólo bajó una vez. *Picó* en la ventana muy suave. Yo estaba abajo, sola en la cocina, puesto que la casa es de planta y piso. Mis hermanos, arriba con Isabel y unos cuantos más a quien ponía [daba] clase. Me preguntó cómo había tanto ruido. Le dije el motivo. Entonces quedamos de acuerdo en que, al marchar los chicos, le avisáramos. Mientras tanto, se iba a guardar en la cuadra. Se ve que tanta pena le dio el vernos allí solos que, cuando fuimos a buscarle, no estaba. No tenía ni tiene (que aún vive) valor para nada. Al poco tiempo,

se presentó. Estuvo unos cuantos años en la cárcel. Allí le fuimos a ver. Después le trajeron para Villar a una colonia de presos en Samartín de El Rey Aurelio. De allí salió en libertad y anda por ahí. Su mujer y los hijos estaban en Francia y por circunstancias no se fue con ellos.



Cuando recordar es resistir

La fosa común del cementerio de Tiraña, 1938-2018

La curación de la memoria transgeneracional requiere transitar por la ira sin quedarse atrapado en ella.

Clara Valverde Gefaell,
con Elena Álvarez Girón

La historia de la familia de Enesida, a pesar de ser de las más duras, es una más entre todas las historias de las familias afectadas por los hechos que dieron lugar a la fosa común del cementerio de Tiraña, en el concejo de Laviana (Asturias).

Según nos ha llegado a través de la memoria oral, y de algunas de las publicaciones¹ que hasta ahora se han hecho eco de la misma, coincidieron en el tiempo la muerte de un soldado en circunstancias poco claras y una reunión de las fuerzas militares y civiles vinculadas con la derecha franquista celebrada en la capital de la parroquia.² Al parecer, de aquella reunión salió una larga lista de personas que compar-

¹ ROZADA, Nicanor (1993), Relatos de una lucha. La Guerrilla y la Represión en Asturias. Oviedo, autoedición. SUÁREZ, Albino (2005), Tiraña, abril 1938. Pola de Laviana, autoedición. SUÁREZ, Albino (2013), Martires de Tiraña. 75 Aniversario. Pola de Laviana, autoedición.

 $^{^2}$ En Asturias, las parroquias rurales están reconocidas como entidades de ámbito territorial inferior al concejo o municipio.

tían afinidad sociopolítica con las izquierdas de la época: simpatizantes ideológicas, militantes en organizaciones, familiares de militantes, o de personas fugadas o encarceladas por haberse opuesto a la sublevación militar iniciada el 18 de julio de 1936.

El caso es que a lo largo de aquel 21 de abril de 1938, estas mismas fuerzas civiles y militares vinculadas con el régimen franquista, ya en el poder en Asturias, llevaron a cabo una serie de arrestos a la puerta de casa (en los diferentes núcleos de población de la parroquia, diseminados por el valle) o en la bocamina, a la salida de cada turno de trabajo. La sede de Falange, situada en el centro del pueblo, hizo las veces de cuartelillo para quienes iban llegando llamadas «a declarar». Muchas de esas personas fueron torturadas en aquellas horas de espera, hasta el momento en que las condujeron, atadas, al cementerio, donde fueron fusiladas. Una vez enterrados sus cuerpos (a los que se sumó el de la madre de Enesida) en la fosa preparada a tal efecto, todas ellas dieron lugar a nuestra fosa común: allí descansan, junto a los de Celestino García y Virginia Suárez (progenitores de Enesida), los restos de José Casorra, Avelino Cepeda, Sara Corte, Alfredo González, Juan Iglesias, Benito Martínez, Tomás Montes, Pedro Pedrezuela, Baldomero Suárez, Selina Valles, y Alfredo Vigón.

Parece ser que sólo hubo dos personas supervivientes de aquel grupo de detenidas. Una fue Blanca Blanco Valles, embarazada de ocho meses, liberada con la condición de que la

sustituyera alguien de su familia. La otra fue Alfonso Martínez Valles, que entonces tenía 16 años, y cuando caminaba junto a su padre fue liberado por un mando militar, «porque tú aún nos puedes servir para ganar la guerra».

Declarado el toque de queda en la localidad durante aquellas horas, la información sobre lo sucedido se fue filtrando en todo el valle por diversos caminos: los testimonios de las supervivientes, los de quienes pudieron observar los hechos (escondidos o alejados), el de uno de los soldados que participó en el fusilamiento y que estaba relacionado con una vecina del pueblo, etc.

En una parroquia de reducido tamaño como Tiraña, una acción violenta que en pocas horas impacta en doce familias y deja huérfanas a entre treinta y cinco y cuarenta personas tiene una fuerza ejemplarizante de largo alcance, obviamente muy rentable en términos de control social. Desgraciadamente, no tenemos acceso directo a testimonios de los victimarios que nos permitan comprender mejor las causas y el significado social profundo de aquellos hechos. Así que sólo podemos formular hipótesis sobre por qué pasó lo que pasó, en aquel lugar y en aquel momento. ¿Sería exclusivamente por su valor simbólico, a nivel ideológico, dado que entonces Tiraña era conocida como «la pequeña Rusia» por la importante difusión de las opciones de izquierdas entre sus habitantes? ¿O sería, como manifiestan algunos testimonios de la primera y la segunda generación,

cuestión de rencillas personales y recelos vecinales, abordados a través de la violencia imperante en aquel contexto histórico?

Fuera como fuera, la represión hizo muy bien su trabajo. Generó tanto miedo que se impuso un silencio atronador durante décadas. Un silencio que afectó al comportamiento individual, y también al colectivo: si cuarenta fueron los años que Enesida necesitó para dar el paso de poner por escrito el testimonio de la feroz represión que se vivió en su familia de origen, estos no fueron suficientes para que el pueblo trascendiera el miedo y se permitiera mirar el dolor de sus vecinos en abril de 1977, durante la celebración de los primeros rituales públicos en memoria de las personas fusiladas. Aquel día, las puertas y ventanas de los edificios cercanos a la iglesia de San Pedro (de donde parte el camino que sube hasta el cementerio) estaban tan cerradas como en 1938. El toque de queda tuvo un largo alcance en la memoria colectiva.

La guerra civil española se inició mediante un levantamiento militar contra un régimen democrático con forma de república, y finalizó por la fuerza de las armas de quienes lo apoyaron. El testimonio de Enesida es un claro ejemplo de cómo el bando vencedor se dispuso a sentar las bases del nuevo régimen franquista utilizando prácticas represivas de diversa índole: amenazas, detenciones, palizas, violaciones, robos, persecuciones, fusilamientos, etc. Y de cómo aquellas prácticas generaron consecuencias traumáticas de largo alcance.

«La guerra, para nosotros, empezó aquí», dice Enesida. La guerra de cada día era seguir viviendo, aunque no supieran cómo. Porque hablar de memoria histórica es también reflexionar sobre cómo puede haber sido, para todas las Enesidas de este país, seguir viviendo después de sumar tantas pérdidas, una detrás de otra. Seguir viviendo bajo un régimen dictatorial que decretó, desde primera hora, represión para las víctimas e impunidad para los victimarios, cuando en muchos casos convivían en pequeños núcleos de población, separados apenas por algunos metros de distancia. Donde todas las instituciones, desde la escuela hasta el cementerio, trataban diferente a unas y a otros, de manera que las hijas y los hijos de todos aprendían, desde la primera infancia, que no eran de igual condición y con iguales derechos y obligaciones, porque descendían de familias con desigual legitimidad social.

Así que ochenta años después, ante la permanente ausencia de políticas rigurosas que aborden la complejidad de la cuestión de la memoria histórica en España, quienes descendemos de aquellos vencidos seguimos reivindicando que nuestra historia, y nuestro dolor, también forman parte de la historia de este país. Porque el tratamiento que se nos dio una vez terminada la guerra, fue especialmente cruento y doloso. Porque recibimos el impacto organizado y sistemático de dosis de violencia desproporcionadas, y porque hasta hoy, demasiado poco se ha hecho para restituir nuestra dignidad moral, social y política. Fi-

nalmente, seguimos afirmando que hablar de memoria histórica es honrar el esfuerzo de varias generaciones de personas que lograron sobrevivir al hambre y al dolor, a las pérdidas, a la persecución social y al maltrato institucional, al estigma y, tiempo después, al olvido.

Con toda la importancia que tiene para nosotras, sabemos que la historia de Enesida es una historia más entre miles. Tantas décadas después, España es el segundo país del mundo que cuenta con más fosas comunes sin abrir, después de Camboya. Y Asturias, aunque es de las comunidades autónomas más pequeñas territorialmente, ocupa la tercera posición en número de fosas comunes censadas.3 Eso nos deja una proporción de dolor por cada metro cuadrado muy significativa. Un dolor que se acrecienta y se arrastra en el tiempo cuando no se puede iniciar un duelo, debido al desconocimiento de los detalles de cada una de las muertes o desapariciones, y a la demanda implícita de olvido que nos hace el resto de la sociedad española y sus instituciones. A estas alturas, casi ha desparecido la segunda generación de las familias represaliadas sin que se haya podido legitimar su dolor como parte de la historia común. Debido al pacto de silencio y olvido, pocos testimonios como el de Enesida han salido a la luz, intactos, incluso después del fallecimiento de sus protagonistas.

Por eso hemos querido servir de altavoz. Por eso, y porque su voz, concisa y clara, sin comodidades (como la vida que le tocó vivir), nos muestra un relato poco habitual. En primer lugar, es una voz de mujer, cosa poco frecuente. Y ya se sabe que las mujeres no suelen escribir la historia, porque están demasiado ocupadas alimentando y limpiando la vida cotidiana. En segundo lugar, porque es una voz que habla sin dogmas, y explica la crudeza de una familia que tiene que afrontar la vida después de tanta muerte, sosteniendo las consecuencias del conflicto social y político a lo largo de toda su biografía. Y en tercer lugar, porque las mujeres tenemos el muy dudoso privilegio de llevarnos siempre una dosis extra de violencia de todo tipo, sólo por ser mujeres.⁴

A la violencia estructural habitual en todas las sociedades patriarcales y machistas, donde no es lo mismo ser mujer que ser hombre, y tiene más valor social ser hombre que ser mujer, se le sumó esa violencia directa que suele reservarse exclusivamente a las mujeres, utilizando nuestro cuerpo sexuado como recurso de tortura física y psicológica. Por otra parte, no fueron

³ Según los datos del Ministerio de Justicia. Ver http://www.memoriahistorica.gob.es

³Reflexionamos sobre los tipos de violencia que afectan a las mujeres aplicando la propuesta análitica de Johan Galtung, llamada *el triángulo de la violencia*. En Galtung, Johan (2003), *Tras la violencia*, *3R: reconstrucción*, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia. Gernika, Bakeaz/Gernika Gogoratuz.

menos las muestras de violencia cultural, ya que todas las mujeres que no secundaron los posicionamientos franquistas fueron asociadas con el bando republicano, acumulando elementos simbólicos de subalternidad: además de mujeres, pobres y vencidas, eran consideradas "inmorales" y por tanto, una lacra a combatir. Tan corto como fue el recorrido de las ideas respecto a la igualdad de género durante la Segunda República, largo fue el alcance de su represión para que las mujeres recordaran rápidamente cuál era el lugar que les correspondía en la nueva sociedad franquista. Por eso, mientras la mayoría de los hombres estaban en el frente, en el monte, en la cárcel o en las cunetas, ellas y las personas que estaban a su cargo, recibieron un trato especialmente violento y cruel.⁵

Así que, aquellas mujeres que enviudaron por la fuerza de las armas, tuvieron que hacerse cargo pobres, traumatizadas y triplemente estigmatizadas (como mujeres, de izquierdas y represaliadas), de todos los trabajos necesarios para la supervivencia de sus familias (es decir, del mantenimiento de la vida en gran parte del país): además de ocuparse de las personas dependientes (hijas, mayores, enfermas), atendían las casas, las huertas,

el ganado... mientras salían del ámbito doméstico, para buscar recursos en un entorno económico caracterizado por la miseria y la escasez de empleo remunerado. En aquel contexto, honrar a los muertos con unas sencillas flores anónimas, además de una muestra de coraje, fue un ejemplo de resistencia política y social.

Hay comportamientos individuales y colectivos que no se entienden o legitiman socialmente hasta que existe la suficiente perspectiva sobre ellos. Igual que Enesida explicaba su historia siempre que tenía ocasión (ya fuera entre el vecindario, en el médico o escribiendo su testimonio en un sencillo cuaderno), el grupo de familiares de la fosa del cementerio de Tiraña siempre encontró alguna manera de exteriorizar su dolor, acomodándose a las circunstancias de cada momento: de forma discreta y testimonial durante la dictadura, o públicamente en cuanto hubo las mínimas garantías institucionales de seguridad física e ideológica. Así que pasamos de los grupitos de mujeres que llevaban flores al cementerio cada I de noviembre, reconocidas unas y otras en la presencia silenciosa y el dolor callado de todas, a arreglar la fosa y darle forma, año a año, a un pequeño ritual autogestionado que nos ha permitido conjurar el dolor y la rabia desde 1977 hasta hoy.

Esa trayectoria es la que —dicen quienes conocen otras en Asturias, por su oficio de investigadores— forma parte de las peculiaridades de nuestra fosa. Quizás, después de todo, saber quiénes eran y dónde estaban, así como la ubicación de la fosa común en un cementerio, hizo que el dolor de nuestras familias

⁵ VINYES, R. (2002), Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárcerles franquistas. Madrid, Temas de hoy. En VALVERDE GEFAELL, CLARA (2014), Desenterrar las palabras. Transmisión generacional del trauma de la violencia política del siglo XX en el Estado español. Barcelona, Icaria, p. 51.

fuera algo más llevadero, y no llegase a congelarnos por dentro. Eso, sumado al fuerte arraigo de la solidaridad vecinal, heredada del movimiento obrero, abrió paso de manera natural a una necesidad compartida de elaboración colectiva del duelo. El caso es que, para algunas descendientes de aquellas familias represaliadas, el encuentro anual en el cementerio ha significado una fuente de inspiración personal, y le hemos encontrado un profundo sentido a reivindicar, juntas, la dignidad de aquellos muertos y el coraje de estas familias para seguir viviendo, puerta con puerta, con los victimarios.

Mas como el tiempo tiene la costumbre de seguir pasando, la segunda generación de aquel grupo de familiares cuenta cada vez con más ausencias. Así que, en un determinado momento, personas de la tercera y la cuarta generación nos sentimos interpeladas por nuestra historia, y en 2014 creamos la Asociación de familiares y amigos de la fosa común de Tiraña. Como tal, quiere ser un lugar de encuentro de personas ligadas por vínculos familiares o vecinales, o por el interés en colaborar en la conservación de nuestra memoria histórica y la de nuestro entorno, así como en la difusión de la cultura de paz como herramienta para la reflexión sobre el daño producido por la guerra, tanto a nivel local como en el contexto social del que formamos parte. Si estamos de acuerdo en eso, no nos importan las opciones electorales de cada cual.

Y es que queremos respeto, no revancha. Sabemos que el respeto aquí se construye mediante procesos de verdad, justicia

y reparación, y que para activarlos, necesitamos el reconocimiento y la colaboración del resto de la sociedad a la que pertenecemos. Porque aprendimos que la paz de los cementerios no es una paz sostenible y duradera, hace años que nos empeñamos en afirmar que recuperar la memoria histórica, silenciada a base de miedo, no es sólo una cuestión individual y familiar, sino también social y política.

Y aunque ya lo sentíamos así, algunas de nosotras no comprendimos la profundidad de esta afirmación hasta que nos encontramos con otra voz escrita, y también de mujer: la de Clara Valverde Gefaell, quien supo entretejer lo personal con lo político para explicarnos la importancia de lo que veníamos haciendo año a año, desenterrando nuestras palabras.⁶

Con ella entendimos que el silencio en el que creció la segunda generación da idea del trauma que sintió la primera, la de quienes vivieron la guerra y la represión. Entendimos entonces que un trauma muestra el desbordamiento psíquico de la persona que lo vive, porque el dolor es tan grande que no ha sido capaz de digerir los hechos que lo causaron. Supimos de la importancia de abrirnos al dolor para elaborar el duelo, así como de nombrarlo en rituales colectivos, hasta sentirnos más capaces de hacer una despedida emocional de lo perdido, sea lo que sea: puede causar tanto dolor la muerte de un ser querido

⁶ Valverde Gefaell, Clara (2014), op. cit.

como la pérdida de la confianza infantil en que tu familia y/o tu entorno social está dispuesto a protegerte mientras creces.

Pero, sobre todo, entendimos que si el duelo no se puede hacer, porque está prohibido y porque la supervivencia de toda la familia depende de esconder la condición de represaliada, la voz se acalla, las emociones se contienen, y el duelo se queda congelado. Pero no desaparece con las generaciones que viven el trauma.

Clara Valverde, en base a las evidencias de medio siglo de investigaciones realizadas en otros países, en sociedades que han vivido violencia política comparable con nuestra guerra civil, nos enseñó que el duelo que nuestras familias no pudieron hacer correctamente en todo este tiempo se transmitió de una generación a la siguiente, mediante aprendizajes psico-afectivos inconscientes que han modelado la manera en que aprendimos a sentir, pensar y actuar desde la primera infancia.

Si en familias como la mía, que lleva cuarenta años alzando la voz para conjurar su dolor, aún en ocasiones se hacía un silencio extraño, denso y pesado, las emociones contenidas lo inundaban todo, y era doloroso incluso preguntar, ¿qué no habrá pasado en tantas otras familias represaliadas que no tuvieron la posibilidad de desenterrar sus palabras, aún hoy agazapadas junto a sus muertos?

Sí, hay comportamientos que no se entienden o legitiman hasta que existe la suficiente perspectiva sobre ellos. Nunca pensé que la tozuda costumbre de mi güela Merce de subir cada año al cementerio para alzar su voz tuviera tanta importancia. Sólo después de cuarenta años, algunas vivencias y esa lectura inspiradora, comprendí que yo había crecido aprendiendo a escuchar aquel silencio. Silencio que me hablaba de la tristeza, el dolor y la rabia de toda una generación de bisabuelas represaliadas que viajaron a través de mi abuela, y de mi madre, hasta llegar a mí.

Parece que nuestra historia colectiva ha decidido que es a nosotras, las que aún estamos vivas, a quienes nos corresponde alzar la voz y crear espacios de encuentro donde poder darle calor a tanto dolor congelado. Sin duda, nos sobran los motivos.

Gracias a Enesida y a Clara por abrir, con su voz escrita, algunas ventanas en el silencio de nuestro país.

Gracias a Cambalache, por hacerse eco de nuestra voz, y guiarnos en la tarea de difundirla impresa.

Y por supuesto, gracias a quienes lograron sobrevivir al silencio, permitiendo que La Vida llegase hasta Aquí .

Yerba Segura Suárez
Bisnieta de la guerra civil española,
a través del destino de mi bisabuelo José Casorra
Miembro de la Asociación de familiares
y amigos de la fosa común de Tiraña.

Asturias, abril de 2018



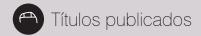
Ovilia, Tino, Virginia, Isabel y Enesida en La Arbeya.



Isabel y Ovilia.



Cincuenta y nueve aniversario de «La masacre de Tiraña», el 21 de abril de 1938. (21-4-1997).



MIGRACIONES

La mancha de la raza

Carta a un niño rumano Marco Aime, 2014. 72 pág. ISBN: 978-84-939633-6-1

Paremos los vuelos. Las deportacionesde inmigrantes y el boicot a Air Europa

Campaña Estatal por el Cierre de los CIE, 2014. 112 pág. ISBN: 978-84-939633-5-4.

Quién invade a quién. Del colonialismo al II Plan África

Eduardo Romero, 2011. 132 pág. ISBN: 978-84-939633-0-9.

Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo

Eduardo Romero, 2010. 144 pág.

ISBN: 978-84-614-0884-9.

A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión

Eduardo Romero, 2008. 123 pág.

ISBN: 978-84-612-7617-2.

Rodaré maldiciendo. Poemas y arte callejero Silvia Cuevas-Morales, 2008. 37 pág.

ISBN: 978-84-612-4533-8.

¿Quién invade a quién? El plan África y la inmigración

Eduardo Romero, 2007

(2^a ed.). 68 pág. ISBN: 978-84-611-4544-7.

Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles Marco Valle, 2004 (2ª ed.). 95 pág.

ISBN: 978-84-607-9379-3.

VARRATIVA

65% agua

Isabel Alba, 2014. 168 pág. ISBN: 978-84-939633-8-5

Lloro por King Kong

Pablo Sorozábal Serrano, 2015. 254 pág. ISBN: 978-84-939633-9-2.

En mar abierto

Eduardo Romero, 2016. 223 páginas. ISBN: 978-84-944572-2-7

=EMINISMC

Naiyiria

Eduardo Romero y Amelia Celaya, 2016. 48 pág. ISBN: 978-84-944572-3-4.

La Madeja (nº 0). Aborto.

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2010. 64 pág. ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 1). Migraciones.

Publicación periódica feminista. W. AA., 2010. 64 pág.

ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 2). Cuerpos.

Publicación periódica feminista. VV. AA., 2011. 56 pág. ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 3). Paisajes.

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2012. 56 pág. ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 4). Amores.

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2013. 64 pág. ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 5). Transgresiones.

Publicación periódica feminista. W. AA., 2014. 64 pág. ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 6).

Publicación periódica feminista. W. AA., 2015. 64 pág. ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 7). Miedo

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2016. 72 pág. ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 8). Sexualidades

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2017. 72 pág. ISSN: 2171-9160.

MEMORIA

Diario de un insumiso preso

Carlos Fueyo Tirado, 2015. 172 pág.

ISBN: 978-84-944572-1-0.

Mi guerra de España Mika Etchebéhère, 2014. 512 pág.

ISBN: 978-84-939633-4-7

Nos matan y no es noticia. Parapolítica de estado en Colombia

Ricardo Ferrer Espinosa y Nelson Restrepo, 2010. 192 pág.

ISBN: 978-84-614-0084-3.

Incendiarios de ídolos. Un viaje por la revolución de Asturias

Mathieu Corman, 2009. 170 pág. ISBN: 978-84-613-0725-8

FORMACIÓN

Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional

Miguel Moro, 2005. 242 pág. ISBN: 978-84-609-5602-0.

Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución [agotado].

VV. AA., 2005. 48 pág. ISBN: 978-84-609-4170-5.

ECOLOGÍA

Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino

Marc Badal, 2017 (coedición con Pepitas de Calabaza). 224 pág. ISBN: 978-84-15862-98-7

Ecología sobre la mesa. Recetas para las cuatro estaciones

María Arce, Íñigo González, Eva Martínez y Marina Tarancón, 2015 (3ª ed.). 184 pág. ISBN: 978-84-944572-0-3.

El oro de Salave. Minería, especulación y resistencias

(CD documental El Oro de Salave, Jose Alberto Álvarez) VV. AA., 2013. 208 pág. ISBN: 978-84-939633-7

Catalina y los bosques de hormigón

Ana Laura Barros y David Acera, 2007 (2^a ed.). 53 pág. ISBN: 978-84-611-8953-3.

Oviedo detrás de la fachada

(fotografía / texto-plano de Oviedo). María Arce, 2007. ISBN: 978-84-611-6895-8. Miguel Moro, 2007. 182 pág. ISBN: 978-84-611-6896-5.

Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua

Beatriz González y Eduardo Menéndez, 2006. 119 pág. ISBN: 84-611-0896-5. Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias

VV. AA., 2005. 195 pág. ISBN: 84-609-7722-6.

CUENTOS

Catalina y los bosques de hormigón

Ana Laura Barros, David Acera, y Amelia Celaya (ilustr.), 2017. 48 pág. ISBN: 978-84-944572-4-1

Cosas que sucedieron (o no)

Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2013. 48 pág. ISBN: 978-84-939633-3-0

Este loco mundo. 17 cuentos

Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2016 (2ª ed.). 72 pág. ISBN: 978-84-614-0083-6.

FUERA DE COLECCIÓN

De la poesía

T. S. Norio, 2012 (coedición con Libros de la Herida). 496 páginas. ISBN: 978-84-939633-2-3

